

REFLEXIONES SOBRE UN ENSAYO

SOBRE EL ESTIMAR Y EL VALOR

Constantino Láscaris en el quinto capítulo "El Arte y Las Artes" de su libro *Fundamentos de Filosofía* (Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, Serie Filosofía, N° 19) nos introduce al problema general del arte desde algunas reflexiones sobre el valor y la estimación.

Una pregunta nace del hecho esencial que obliga a un sujeto a valorar el objeto. Pero, "no se trata de que yo pienso la estructura del objeto, sino de que la *estimo*, al recrearme en él, al valorar un algo en él". Quedan definidas —luego— dos teorías: la objetivista donde el valor consiste "en la estructura misma del objeto"; y la subjetiva, centralizada en un "estado de ánimo" de los hombres proyectado sobre el objeto. Finalmente se tiende hacia una afirmación de lo subjetivo: "el valor viene a ser cuando se da una valoración, y valorar no es simplemente reconocer los valores, sino que es lo que da sentido a los valores.

Nosotros no podríamos —en igual sentido— favorecer tan brillantemente un determinismo tan subjetivo.

El valor no es un absoluto relativo expuesto a las mareas cambiantes de la subjetividad. Creemos en que sea uno de los trascendentales: el ser es valioso; y el valor ontológico; separarlos sería aniquilarlos (Letz).

La distinción de valor entre un billete de banco y Las Hilanderas de Velázquez debe plantearse desde una relación de "esencia", ya que "de la esencia del valor depende la peculiaridad de su aprehensión".

El profesor Láscaris al plantear la estima y el valor considerando ejemplos idénticos —o casi idénticos— un billete y un cuadro, comete un error ontológico.

La posibilidad de "ser" de un billete y un cuadro es bien distinto. El valor del billete es arbitrario y desarticulado del ser. El cuadro pictórico tiene individualidad y —en cierta manera— es ser. El valor, parte entonces desde esta esencia que nos obliga a aquella peculiaridad de aprehensión.

Y si restringimos el término valor a la esfera artística la relación expuesta es más clara y fundamental. Valorar en arte significa "*constatar*". Valorar es "reconocimiento" del valor mas que lo que da sentido a los valores. Yo no valoro "subjetivamente" a Las Hilanderas. Yo debo constatar todo lo que en ellas es esencial y queda definido como "ser". El valor de Las Hilanderas es lo "que son", su ser y esencia. La subjetividad no podrá añadir nada que el cuadro no contenga, ni podrá eliminarlo sin falsear su "esencia". La posible subjetividad es mejor una relación entre un absoluto y mi interioridad, ya pasando por la coacción de elementos religiosos, sociales, históricos, etc. Pero el ser de la obra de arte —con su forma y contenido— queda "fijo" en su realidad.

Si nosotros consideramos que una relación primerísima entre el sujeto contemplador y la obra en sí debe fundamentarse en algo concreto, lo que esencialmente es pintura, música o poesía, que determina una especie de "material" específico, la subjetividad poco tendrá que hacer en la aprehensión de lo formal. Y acaso, ¿podría plantearse una posible identificación con la obra de arte sin el apoyo de la aprehensión formal? Y no afirmemos nada

sobre esta pregunta artificial que inculca un corte violento en la unidad artística que implica la estructura orgánica viva, es decir la unidad del ser de adentro con el de afuera.

ARTE Y REALIDAD

Láscaris se ha planteado muy bien una pregunta que yo me he hecho: una puesta de sol, en sí, ¿qué es?. Ciertamente, lo que existe en este caso en la naturaleza "es un sol, una tierra, y unas posiciones recíprocas". La puesta de sol es panorama solamente para el hombre "que la haga panorama".

¿Significa esto subjetividad?. No. Sí, *construcción*. Láscaris nos dice que es necesario construir el objeto, conferirle un valor estético.

Pero no se trata simplemente de esto. El panorama aunque ya —en un primer momento— se ha construido, aún no es obra de arte. Lo será cuando el artista creador lo construya de nuevo sobre la tela. Y al así construirlo le dará un valor formal que no es precisamente subjetividad o relatividad, sino objetividad precisa.

Un hombre cualquiera podría —en todo caso— conectarse con el panorama en matices subjetivos, después de todo, el panorama está ahí, simplemente. Pero a un subjetivista le diría: la creación de este cuadro concreto que se llama Puesta de Sol, según su teoría es la creación y construcción de una singular subjetividad que queda, por así decirlo, como quieta sobre una obra concreta. No se trata de todas las subjetividades, ya cambiantes o interaccionadas. Se trata de una sola, la del sujeto creador en determinado espacio temporal. De ser así, la obra de arte ya queda fijada en esa subjetividad singular y única que le da la vida y el ser. El hombre que la mira no podría sustituirla con mi otra subjetividad. Sólo puede identificarse con la subjetividad primera que la creó. El hombre creador ha mirado a la naturaleza y la individualiza y la personifica en la obra creadora que le pertenece. Ya no se trata de una simple puesta de sol o de lo universal, todas las puestas del sol. Se trata de una única y singular. La creada en la tela por una mano individual.

Así el valor, de subjetivo se ha transformado en concreto y esencial.

Lástima que Láscaris no aprovechara —a mi entender— esta presencia de la construcción para un planteamiento general, al contrario sirve de elemento de contradicción. Aquello que necesariamente ha tenido que ser construido tiene determinada "identidad". Y la construcción formal de un cuadro es algo sencillamente concreto y objetivo, que rehusa la posibilidad de diversidad de opiniones relativas.

Cuando un hombre construye una mesa el resultado definitivo es esa mesa. Podría haber algunos matices de percepción individuales y subjetivos sobre cualidades secundarias, pero lo definitivo y esencial queda expuesto con claridad. Si un señor pretende que tal mesa no lo es sino que se trata de un automóvil, lo cierto es que podrá sentarse sobre ella sin moverse nunca, si entendemos que el ser automóvil no sólo tiene determinada forma sino que ese ser implica un uso y finalidad: el de conducir a la gente de un sitio a otro. Nuestro buen hombre podrá morirse sobre la mesa sin ser conducido nunca a ningún sitio, como no sea la muerte.

Sin gran exageración lo mismo sucede en las relaciones de la obra de arte con el contemplador: el confundir una mesa con un automóvil. Así ante el arte abstracto el ojo no identificado, confunde ser y finalidad.

Desde la "construcción" es clara la falta cometida por Platón y Aristóteles en la evaluación de la actividad creadora. Para ambos se trata de una imitación: para el primero de las ideas para el segundo de las cosas.

Láscaris dice: pero hay algunas dificultades para admitir esta tesis como absoluta —el que el arte sea imitación—. "Las Meninas de Velázquez imitan la realidad", pero "la pintura abstracta no solamente no imita nada, sino que tiene como norma la no imitación".

Estos planteamientos confunden lo más radical: la materia creadora, la actividad creadora, la construcción y organismo artístico, la estructura. Plantean la ausencia de lo que esencialmente debe ser pintura, poesía o música.

Cuando nos referimos al valor lo referimos a los trascendentales, pero mirando hacia una formulación ontológica y teoría de los valores.

Una propuesta diferente plantea el problema del acto creador cuando el artista se coloca ante las cosas. En sentido estricto el descubrir y definir la esencia de ellas no es su objeto, este es parte del interés de la filosofía, no del arte. Al contrario, el artista lo que hace es —en cierta manera— transformar la realidad o sujetarla a unos intereses específicos del arte mismo con su singular "actividad". Esto, en el caso de arte figurativo que determina alguna relación entre lo creado y las cosas que nos rodean. En el proceso creador las cosas no se imitan ni las ideas. Un árbol para el pintor es más un elemento plástico, un algo objeto de composición y relación. El árbol real se pierde en el árbol creado pictóricamente. Y quien no se formule esto así, jamás penetrará en el ser y actividad de la creación pictórica.

Quedan entonces definidos dos aspectos: el valor y el ser. El ser es la esencia. El valor plantea una relación de esta esencia con su aprehensión. La identidad del valor y la esencia es problema de la filosofía. El hombre creador ante las cosas las construye para sí. Valorarlas en algún sentido no es su objeto. En cambio, paradójicamente, la obra de arte fijada en el lienzo sí es una esencia que necesita una valorización filosófica.

Y valorización armonizada con la estructura del objeto.

Las cosas que nos rodean han adquirido algo nuevo y hasta diferente para transformarlo en cosas objeto de visión artística, que a su vez, en la totalidad ya definitiva de un cuadro, se transforman en una otra cosa ya única: la obra de arte o "artefacto".

Sí coincidimos con Láscaris en esta nominación sugestiva: un artefacto es una cosa hecha con arte y es una obra de arte.

LA OBRA DE ARTE

La obra de arte es "cosa" sólo en sentido muy general, ya que la "cosa" árbol y su relación con la realidad es bien distinta de la cosa "obra de arte" y su relación con la realidad o lo real.

Quizá, lo que más me interesa de la definición de Láscaris es que a través del "artefacto" "se manifiesta el espíritu del hombre".

Así pudo Dilthey constatar maravillosamente un ser espiritual determinado desde un ser creador, aunque para el gran filósofo, el espíritu es "inmanente". Y el mismo Bergson llega a palpar la presencia misma de Dios partiendo de una evolución creadora.

Desde el "artefacto" es fácil partir hacia un planteamiento del problema formal, que indudablemente es de los que más han preocupado a la filosofía, pareciendo ser "uno de los caminos más claros para adentrarse en el carácter propio de la obra de arte".

Sin embargo, se usa un argumento no muy claro para plantear un desarrollo. Láscaris cree que el resultado definitivo obtenido por el escultor al trabajar un bloque de piedra es una forma no material "—que esta forma no es un algo material—". El escultor no añade nada al trozo de piedra, mejor quita y hace surgir un algo "desde dentro de la piedra misma".

Naturalmente que las piedras tienen forma, pero no como producto de un plan racional de actividad creadora deliberada. Es poseedor el arte, la obra de arte, de una estructura singular e irrepetible, obtenida desde una inteligencia y sensibilidad creadora.

No es definitivo que el artista "sin dar nada material" haga cosas o artefactos. Bien sabemos las relaciones entre un material y la técnica a desarrollar; aún más, entre la forma obtenida y cierta "impuesta" por el material con que se trabaja; habría que pensar en las

"texturas" que algunas veces adquieren características "individuales"; y en caso extremo, citaremos algún matiz de escultura moderna o contemporánea que casi deja libre y pura la forma natural de una piedra, que vista de singular manera es ya forma de arte.

Es decir, que ante todo notaría que no existe un divorcio entre la forma natural con su "materia" y ciertas formas artísticas. Y relacionado todo esto con el "trabajo u oficio" propio del hombre creador.

Una piedra cualquiera en sí no es una obra de arte, pero "determinadas" piedras vistas singularmente y conectadas con ciertos elementos y funciones —se le dan a veces algunos toques finales desde la mano del hombre— sí lo son.

Pero, ante todo, es muy importante esa relación de la "materia piedra" con la obra de arte de "piedra". Es decir, el material sobre el que se trabaja "impone" —muchas veces— ciertas condiciones e inclusive "sugiere forma".

El problema formal determina distintas relaciones entre la obra y el arte y un público. Definir "el ahí" de la obra de arte como existencia de un "público" es exagerado.

La afirmación de que un cuadro encerrado en una bodega no sería obra de arte la hemos de recibir con reservas.

Las Meninas cubiertas con un paño siguen siéndolo. El paño no podrá quitar ni añadir nada a esa especie de "absoluto" de su existencia. Precisamente, el cuadro sin estar cubierto lo está para muchas miradas inexpertas, insensibles o no pictóricas. La existencia real de Las Meninas es un hecho. El espectador sólo podrá "constatarlo". Es cierto que si el cuadro no se mira no se ve. Pero los microbios "normalmente" no se miran y ven y sin embargo existen y son.

El único absoluto para la no existencia de Las Meninas sería que tal cuadro no se hubiera realizado. Naturalmente que si indefinidamente permaneciera "escondido" sería una existencia incomunicada, pero no por eso "no ser".

Yo diría que el "ahí" es lo que la obra de arte es en sí misma y precisamente, para que haya comunicación artística deben identificarse dos "ahís", el de la obra con el del sujeto contemplador. Pero se trata de una "comunicación", no de la existencia del sujeto creado y la existencia del hombre contemplador.

Igualmente creo, se ha exagerado en diversos autores y gente en general, el valor del público en la obra de teatro. Si es cierto unas determinadas relaciones específicas, pero me pregunto, ¿es que la forma y el contenido real de un drama o de una comedia van a ser variados por los caprichos de un público?.

¿Qué es el Hamlet para la chusma o para la masa?. Otra cosa es la "realidad" de la obra en su "representación", con el decorado, el público, los actores y director. Yo preguntaría: esta "representación" cómo se relaciona con la esencia en sí de la obra desde su contexto? Ya que el creador al escribir sobre un papel contó contados esos elementos, que no son añadidos a posterioridad.

En cambio, muy bien ha planteado Láscaris la necesidad de comprender un "hombre entero" ante la obra de arte. Y van incluidos todos los matices de una psicología moderna sobre la interacción y unidad en la interioridad humana, con sus variadas combinaciones fisiológicas y emocionales.

Mas el hombre no debe olvidar que el arte es "artefacto" más que todo porque traduce una presencia espiritual que ha determinado una actividad creadora y un resultado. Y que el alma o espíritu no se pueden "ver". Están como Las Meninas bajo un paño o en determinada bodega. Y en casos lamentables, parece el espíritu perecer aplastado o quedar expuesto a la acción de la "polilla".

Y sin embargo el espíritu es y tendrá su finalidad.

Gracias al prof. Láscaris por su ensayo tan nutrido de propuestas y definiciones, que han dado "realidad" a este comentario.